

y rendir de esa manera homenaje á la memoria de la que ya no existía.

En cuanto á la señora T..., está casi por completo retirada de la sociedad. No ve ya á Alfredo C..., y comprende su deber de madre desde que ha perdido á su hija única.

UN CASO DE CONCIENCIA

I

NOVIEMBRE 1856.

LA señora de Aubray, cuyo apellido, antes de casarse, era el de Bonneville, contrajo matrimonio en 18... con dicho señor Aubray, á quien había dado el título de barón el emperador Napoleón I, en recompensa de importantes servicios hechos al Estado. Su fortuna considerable en el momento de casarse, fué aumentando después, gracias á su inteligente cuidado, y puede calcularse que le produce unos treinta mil francos de renta, una parte de los cuales provienen de tierras que posee en Normandía.

Nunca gustó mucho la sociedad á dicha señora; pero cuando era joven, tenía que presentarse en ella por dar gusto á su marido, que estaba orgulloso de la belleza y el talen-

to de su esposa; después, madre ya, continuó yendo por interés de su hijo. Éste constituía toda su alegría, toda su vida: por causa de él, el invierno pasado dejó de llevar luto de viuda, y cometiendo una infidelidad, cambió su tranquila calle de Lilles por la de Chaussée-d'Antin; y también por él, á pesar de agradarla mucho los paseos á pie, había comprado una bonita berlina, de modesta pero elegante apariencia.

¿Qué va á hacer en el bosque la señora de Aubray? decían sus amigos que la veían pasar por los Campos Elíseos, á eso de las cuatro de la tarde; ¿ha olvidado la novena que se está haciendo á San Roque? Mirad á ese joven que galopa al lado de la portezuela de su coche, á quien ella no pierde de vista, temblando cuando el caballo que monta hace un movimiento extraño; dichosa si ve á cualquier transeunte pararse al verle pasar; es su hijo: y los que la conocen, comprenden por qué ha preferido los placeres mundanos á las obras piadosas.

Es por ese hijo tan querido, por quien esa señora, tan natural y de gustos tan sencillos, se convierte en coqueta á la vejez. La otra noche, en el teatro Italiano, la hemos sorprendido tratando deseducir á un director del Ministerio de Negocios extranjeros, persona influyente, según dicen; el día antes, en un baile oficial, sonreía á un presidente del Tribunal de Cuentas. Ese amor tan exclusivo la hace caer á veces en extrañas distracciones, olvidándose de su papel de mujer intrigante y que desea agra-

dar; como ocurrió hace poco con un secretario de embajada que, al dirigirla un cumplimiento demasiado personal, le dijo:

—¿No es cierto que mi Octavio haría un excelente diplomático?

Su pensamiento se hallaba al lado de su hijo, mientras el inocente secretario trataba de ser amable con ella.

No creáis, sin embargo, que ese amor maternal sea ciego é irreflexivo, ni que la señora de Aubray muestre una debilidad que pudiera ser perjudicial á su hijo, ó que ceda á todos sus caprichos. Por el contrario, gracias al tacto de que está dotada, nota los defectos de Octavio, y los combate, pero dulcemente, sin reñirle, como una hermana mayor que aconseja, más bien que como madre que moraliza. Felizmente, se ha dedicado á convencer á su hijo; en vez de mandar, persuade, y Octavio obedece las inspiraciones de su madre, cuando él cree que no atiende sino á su voluntad y su capricho.

Bajo esta hábil dirección, se ha hecho un hombre estimable, ingenioso sin pretensiones, valiente sin fanfarronería; sabe conducirse con una mujer de mundo y ocupar su sitio en una reunión de jóvenes; le gustan los placeres y se entrega á ellos cuando se presenta ocasión; pero como quiere más á su madre, corre bien pronto á su lado y la confiesa sus más graves pecados en un lenguaje convencional que ellos han creado, para hablar, el hijo, de todo, sin herir la susceptibilidad de su madre, y ésta para escuchar las confidencias de su

hijo, sin ponerse colorada. La señora de Aubray conoce así el peligro y puede prevenirle. De este modo ha corregido á Octavio su excesiva afición al juego.

No pretendo yo que esos remedios heroicos estén al alcance de todas las madres; lo que deseo, tan sólo, es poner á los lectores al corriente del amor maternal de la señora de Aubray, á fin de prepararles á la indulgencia, si ocurriese, con el tiempo, que su conducta pareciese digna de vituperio.

II

Varios amigos con quienes Octavio debía comer, un día del pasado invierno, faltaron á la cita convenida, y se halló, á las siete de la tarde, en ayunas, en medio de la calle, no teniendo otro remedio que comer solo. Se decidió, por fin, y bien pronto, sentado en un restaurant célebre, se entretenía en observar á los concurrentes que se hallaban á su alrededor. Un talle esbelto, unos hombros redondeados, y sobre un cuello blanco y distinguido, así como una juguetona mecha de cabellos rubios, que se escapaba de un elegante sombrero, no podían menos de excitar la curiosidad de un parisién desocupado, como Octavio. Por eso trató de adelantar la cabeza para

ver á la desconocida, al menos de perfil; pero ella le volvía la espalda, y un buen abrigo de terciopelo suspendido de una percha, se interponía entre su perfil y él. Miró de frente, esperando encontrar un espejo donde se reflejasen los rasgos de la preciosa rubia; él la había declarado ya rubia en virtud de sus observaciones, y preciosa, tanto por su convicción como por sus deseos. Desgraciadamente tenía un acompañante de unos cincuenta años de edad, cuya imagen se reflejaba en el espejo.

¿Qué partido tomar? Octavio llamó al mozo con voz melodiosa; éste vino apresuradamente, pero la cabeza de la rubia no dió muestras de curiosidad.

—¿Qué queréis, señorito? — preguntó el mozo. — Y mientras Octavio reflexionaba, hacía la misma pregunta en la mesa ocupada por la desconocida.

—Truchas—dijo ella resueltamente sin consultar con el viejo, que se contentó con inclinar la cabeza en señal de asentimiento.

Una idea súbita atravesó por la mente de Octavio.

—Mozo, tráeme truchas.

—¿El señorito no toma sopa?

—Así parece.

—¿Con qué salsa quiere el pescado?

—Con salsa de alcaparras.

El mozo hizo la misma pregunta en la otra mesa.

—Con salsa... con salsa... —Se buscaba evidentemente algo sobrenatural que no se pare-

ciese en nada á la salsa de alcaparras; pero como no gustándola nada.—Con salsa... á la vinagreta, acabó por contestar.

Octavio llamó al mozo.

—Mira, no traigas salsa de alcaparras, tomaré las truchas sencillamente á la vinagreta.

Una contenida explosión de risa burlona llena de frescura y de juventud se sintió en la otra mesa; pero persistieron en no volver la cabeza; Octavio, profundamente descorazonado, miró la trucha que acababan de servirle y se acordó entonces de que era el pescado que menos le gustaba. Le pareció entonces justo no sacrificarse otra vez al gusto de su vecina, y adelantarse á ella en la elección de platos á fin de que no intentase imitarle; y para ello pidió desde luego chuletas de corzo. Cuál no sería su asombro, al oír, dos minutos después, á la incógnita pedir lo mismo que él. Y así ocurrió en los demás platos.

—O se está burlando—pensaba Octavio,—ó no hace caso de mí, y por casualidad la gustan las chuletas de corzo; ó es muy burlona y las chanzas no la desagradan.

Y como persistía en guardar el anónimo, trató, desesperado ya, de formar opinión acerca de su vecina, con los datos morales y físicos que había podido recoger.

—Ese pequeño mechón de cabellos—se decía,—que se escapa locamente de su sombrero es tan rubio, su cuello tan blanco, su talle tan flexible, hay tanta distinción en lo poco que de su persona puedo distinguir, su

compañero de mesa tiene de tal modo aire de un buen padre de familia que se sacrifica hasta á los caprichos de una hija adorada, que estoy tentado á creer que mi desconocida es una encantadora joven soltera. Pero el tono resuelto con que habla al mozo, ese empeño exagerado que muestra en no volver la cara, las chanzas que en respuesta á las mías se ha permitido usar, parecen ser más propias de mujer casada que de muchacha soltera.

Y hablándose embebido en estas reflexiones, la desconocida se levantó y volvió la cabeza.

—¡Decididamente es soltera!—exclamó Octavio, admirando una frente de diez y ocho años y unos labios frescos y sonrosados, entre los cuales se veían brillar unos blancos y diminutos dientes.

Dió algunos pasos, pero creyó ver tanta seguridad en su marcha y un aire tan desenvuelto, que de nuevo volvieron sus dudas á inquietarle.

—Podría muy bien ser casada—se decía.

Mientras su espíritu flotaba irresoluto, hizo varios esfuerzos para ponerse el gabán, empujándose, á pesar de la ayuda que le prestaba el mozo, en meter los dos brazos en una misma manga; felizmente, la desconocida, única causa de aquella torpeza, se dirigió á la puerta. Octavio hizo entonces un esfuerzo supremo, se puso á medias el indómito gabán y salió corriendo; pero sus vecinos de mesa subieron á un carruaje que les esperaba, des-

aparecieron en dirección á los teatros y no pudo seguirles.

¿Es soltera ó es casada? Tal fué el problema que Octavio, para distraer su soledad, se empeñó en resolver. No pudo conseguirlo, y entró en casa de su madre para contarla su aventura reciente.

—¡Hijo mío, eres muy loco!—le dijo riendo la señora de Aubray;—en vez de comer á medias á cinco pasos de una desconocida que te volvía la espalda, hubiese sido mejor, ya que tus amigos habían faltado á la cita, que hubieses venido á sorprenderme en la mesa, á la que me he sentado muy tarde por culpa tuya. Pero en fin, tú dices que te has divertido, menos mal; y que estás enamorado, eso ya es grave. Es hora ya de acostarnos; yo te aconsejo, si quieres dormir bien, que renuncies, por esta noche, á resolver la duda de si la desconocida rubia será casada ó soltera.

III

Cerca de un mes después de esta comida por partida doble, había Octavio casi olvidado á su rubia, cuando la encontró en una reunión donde había sido presentado aquella noche. Estaba sentada en el momento de llegar Oc-

tavio, en un extremo del salón en un rincón un poco solitario, como si pareciese haberle elegido para estar lejos de los que bailaban. Exagerando una moda, ya de por sí exagerada, llevaba un vestido cuya cola ocupaba gran trecho; tenía en la mano un abanico de mucho valor, y se destacaba su precioso semblante de una especie de banda de encages y gasa rodeada artísticamente á la cabeza, cuello y hombros, moda que ha estado muy en boga, y muchas rubias, después, la han seguido para darse cierto aire vaporoso que no sienta mal. Muchos jóvenes, con objeto de entretenerse en el espacio que media entre el vals y el rigodón, hacían círculo alrededor de la marquesita que ocupaba sirviéndola como de trono; ella se hallaba muy á su placer en medio de aquella pequeña corte, respondiendo á todo con desenvoltura y riendo estrepitosamente con motivo ó sin él.

Después de haber hecho estas observaciones, no dudando Octavio que una joven, tan rodeada por todos como ella en un baile, no podría menos de ser excelente pareja, se creyó en el deber de pedirla un vals ó un rigodón; y le fué concedido el segundo de estos. Mientras llegaba el momento de recordarla su promesa, se fué á sentar cerca de la señora de Macé y su hija que iban alguna vez de visita á casa de su madre.

—Parece—le dijeron,—que la incomparable Sextilia os ha seducido á primera vista, puesto que, por hablarla, habéis olvidado hasta ahora saludarnos.

—Perdonadme, señoras; pero no había tenido el gusto de ver á ustedes hasta ahora.

—Pero en cambio bien pronto la habéis visto á ella; es verdad que hace por ponerse en evidencia —dijo la señora de Macé.

—Y habla muy alto —añadió su hija.

—¿Y cómo se llama mi pareja?

—Sextilia de Martrais.

—¿Es casada ó soltera?

—¡Oh! ¡Eso me parece un epigrama!

—De ningún modo, deseo sencillamente saberlo.

—Es una señorita, no dudéis más tiempo. Al ver la prisa que teniais en acercaros á ella, lo cual no es cosa fácil, pensé que la conociais mejor.

—Pues no la conocía ni poco ni mucho.

—Todo me lo explico; su belleza os ha llamado desde luégo la atención, y habéis querido rendirla homenaje; el hecho es que todo el mundo encuentra encantadora á Sextilia, pero generalmente también dicen que es muy amanerada. ¿No os parece lo mismo?

—No he notado aún ese defecto.

—Decididamente, estáis enamorado de ella; no os lo reprocho; podríais emplear peor vuestras afecciones. Sextilia es un excelente partido, y, si alguna vez se os ocurre pensar seriamente en ella, no olvidéis que conozco á las señoras de Martrais.

Octavio, que creía demasiado prematuros tales ofrecimientos, quiso interrumpir á la señora de Macé, pero ella no le dejó.

—La madre de esa joven—continuó dicién-

do,—es esa señora tan extrañamente ataviada que veis sentada en aquella mesa de tresillo: es tan... vaporosa como su hija, la deja hacer todos sus caprichos y aprueba todos sus atrevimientos. El padre no es más que un obediente servidor de las dos; obedece ciegamente sus órdenes y hasta sus menores caprichos; nunca se ha permitido tener opinión propia ni manifestar desco alguno; por la noche las lleva á las reuniones y arregla las cuentas del gasto diario con la criada; esas son sus únicas funciones. Y á propósito de gastos, no debo ocultaros que es preciso tener doble fortuna que Sextilia para pensar en casarse con ella. Está acostumbrada á no carecer de nada; asegúrase que gasta de quinientos á seiscientos francos mensuales en trajes.

Mirad los bordados de su vestido, ¿no es ridículo en una joven de diez y ocho años llevar tanto lujo? Felizmente, vos sois hijo único y vuestra madre hará toda clase de sacrificios por vuestra felicidad.

Octavio trató, por segunda vez, de hacer alguna observación, pero le fué imposible.

—Ya lo veis, con una madre tan débil de carácter y un padre tan inútil como los de Sextilia, no tenéis que ocuparos más que de serla agradable. Mi hija la oyó decir ayer que se casaría, en cuanto encuentre un joven muy rico, de mucho talento, que baile bien, monte á caballo y no toque el piano ni dirija colillones. Tenéis la mayor parte de las condiciones exigidas; acaso las tengáis todas; nada os impide acercaros á ella.

—Pensaré en ello—dijo Octavio sonriéndose,—y dispensen que las abandone, oigo los preludios del rigodón que me ha prometido.

—Daos prisa, que Sextilia no espera á sus parejas; á falta de vuestro brazo no tardaría en aceptar el de cualquiera de esos jóvenes que mariposean sin cesar junto á ella. Os prevengo—dijo la señora de Macé al oído de Octavio,—que podéis hablar de todo con esa señorita. Sabe oirlo todo y responder á todo; ¡oh! no es una jovencita de las comunes. Sin embargo, me parece que no debéis avanzar demasiado, no adquiriréis compromisos; acaso á vuestra madre le parezca que no es Sextilia la mujer que os hace falta; es muy gastadora y muy variable; sus maneras dejan mucho que desear, y se ocupan de ella más de lo conveniente.

Pero Octavio no oía ya los consejos de la caritativa señora de Macé; había ido á buscar á su pareja, y los dos jóvenes, sin preocuparse de las diversas figuras del rigodón, aprovechaban aquel rato de conversación que el baile les proporcionaba.

—Me parece—decía Sextilia después de haber cambiado algunas palabras,—que no es esta la primera vez que os veo, ¿no estuvisteis en el último baile de la embajada otomana?

—No, señorita.

—No habéis venido nunca aquí. ¿Dónde os he encontrado yo?

—¿No habéis comido alguna vez en un restaurant?—se aventuró á decir Octavio.

—Sí, mi padre me lleva cuando vamos al teatro; pero no creo que hayamos estado juntos en ninguno de ellos.

—No tal; hace un mes, hoy precisamente, que tuve el placer de veros en uno. Aquella comida se halla aún presente en mi espíritu de tal modo, que podría, si lo deseaseis, deciros todos los platos.

—¿Pero cuáles? ¿los que vos pedisteis ó los que tomé yo?

—¡Oh! quien habla de la una habla de la otra—repliqué.

Sextilia no pudo menos de echarse á reír, lo cual era confesar que se acordaba.

—Nos toca hacer el solo; vamos algo retrasados, y nuestro *vis á vis* nos echa unas miradas que asustan.

Tomaron parte en la cadena de señoras con el abandono y el descuido de gentes para quien el baile, en un rigodón, es lo accesorio.

—Qué fastidioso es—decía Octavio,—no poder hablar ni un minuto sin interrupción.

—Sois muy injusto con el rigodón—observaba Sextilia;—es el dios protector de los que desean hablar; sin él ¿qué sería de ellos?

—Pero es que yo no pido su abolición.

—Os lo agradezco por él.

—Lo que propongo sencillamente es que no se hagan figuras.

—Y que se reemplacen por un paseo como hacen en las danzas polonesas en los bailes de la corte de Rusia.

—Yo suprimiría hasta el paseo; á una señal dada por la orquesta cada caballero ofrecería

el brazo á su pareja; se colocaría con ella en medio del salón y tendrían una conversación agradableísima al compás de la música.

—¿Sin hacer el menor movimiento?

—Claro, ¿no os agrada mi idea?

—Propongo una enmienda; que el caballero colocase en el centro del salón la butaca de su pareja, para que sentada pudiese bailar, digo, oír más á su placer el rigodón.

—Apruebo la enmienda y pido otra butaca para el caballero.

—De ningún modo, sois demasiado pródigo.

—Trataba de hacer las cosas por completo; pero como nuestra proposición no ha sido aún aceptada, os dejo para ir á bailar con esa señorita que hacia nosotros se adelanta.

—¡Adiós!—dijo Sextilia viendo partir tristemente á Octavio para su nueva expedición.

No fué ésta la única vez que bailaron juntos.

Después del cotillón, las señoras de Macé decían á todo el mundo al marcharse, que Octavio se hallaba perdidamente enamorado de Sextilia, quien, por su parte, parecía haber encontrado en el pretendiente todas las condiciones que ambicionaba hacia mucho tiempo.

IV

Estos rumores corrieron de reunión en reunión, y no tardaron en llegar, considerable-

mente aumentados, á oídos de la señora de Aubray.

—Octavio, ¿sabes que te casan?—le dijo un día riéndose.

—¿De veras! ¿y con quién?

—Con Sextilia de Martrais. ¿No la conoces?

—No la he visto más que dos veces: en el restaurant y en una reunión.

—¡Ah! es la desconocida de que me hablaste. ¡De modo que decididamente era soltera! ¡Ten cuidado, que estabas muy enamorado!

—Y lo estoy más hoy, querida madre, porque me he encontrado con que Sixtilia tiene tanto talento como hermosura.

—Eso ya va siendo grave.

—¡Y mucho! cuando entraba iba á buscarte, para darte cuenta de que el corazón de tu hijo no te pertenece ya exclusivamente á ti sola.

—Ese corazón me ha hecho muchas infidelidades; y he tomado un partido, que es dejarte, como ahora, con tal de que esa gran pasión dure lo que han durado las otras.

—No puedo ofrecerte nada. Esta vez amo de otro modo; creo que es un verdadero amor.

—¿Tienes ocasión de ver con frecuencia á tu ídolo?

—La encuentro todos los sábados en una reunión.

—Me parece demasiado—pensó para sus adentros la señora de Aubray;—pero tuvo cuidado de no manifestar á su hijo los temores que empezaba á sentir.

Convencida de que los mejores razonamien-

tos, en vez de destruir el amor, no hacen más que aumentarle, no tuvo la idea de combatir la naciente inclinación de Octavio, ni de comunicarle los informes que se había apresurado á adquirir acerca de Sextilia, de personas más juiciosas y más desinteresadas en la cuestión, que la señora de Macé y su hija.

De todos ellos, dedujo que Sextilia era bastante ligera, y de una voluntad virgen, y tenía desmesurada afición al lujo; y sin que se le pudiese reprochar nada grave, se la acusaba de no mostrar en sociedad una actitud irreprochable, y de cometer frecuentes inconsecuencias. Hubo quien, queriendo dar idea en una frase del carácter de Sextilia, se atrevió á decir:

—¡Se parece á una viuda joven, consolada ya!

Fué claro para ella, que ninguna madre prudente debía desear el matrimonio de su hijo con Sextilia Martrais, y la señora de Aubray se prometió estudiar con atención, pero en secreto, lo que llamaba el mal de corazón de Octavio, para acudir en su socorro en caso de peligro. Sobre todo, desde esa época, fué cuando se la vió transformarse en mujer de sociedad, correr de reunión en reunión, de teatro en teatro, siempre en compañía de su hijo, tratando de desviar su pensamiento, sin que él se apercibiese de ello, hacia objetivos distintos de sus amores.

Octavio que, cosa extraña, tenía el buen gusto de encontrar la compañía de su madre preferible á todas, hasta la de sus amigos, se

prestó de buen grado á los ocultos designios de la señora de Aubray, y la acompañó á todas partes que ella quiso. Pero cuando llegó el sábado en que debía ver á Sextilia, no pudo resistir al deseo de volverla á ver, y pidió permiso para dejarla sola por aquella noche.

La madre de Octavio, que estaba dotada de gran previsión, comprendiendo el peligro que la amenazaba, había enviado previamente, y con objeto de conjurarlo, á comprar un palco para el teatro.

—¡Cómo! te propones dejarme sola—dijo á su hijo,—¿y qué va á ser de mi palco?

—Mamá, llevas una vida muy agitada. Desde hace más de ocho días no has pasado en casa ni una sola noche.

—Acaso tengas razón. De modo que consientes en descansar tú también, porque debes estar tan cansado como yo, puesto que has participado de todas mis distracciones.

—Pero yo tengo veinticuatro años.

—Es decir—dijo riéndose la señora de Aubray,—que yo soy vieja. ¡Qué deliciosa ilusión quieres arrancarme! Había acabado por creerme de tu misma edad, tan fuerte me siento y tan valerosa; y te aseguro que podemos ir al teatro esta noche, si el cuidado que te tomas por mi salud es lo único que te impide acompañarme.

—Tengo otro motivo más pequeño—se atrevió á decir timidamente Octavio.

—¡Sepamos cuál es! apuesto que es una comida de amigos.

—No, una reunión de sociedad.

—Hé ahí una frase que parece decir mucho y que no dice nada en realidad. ¡Una reunión! ¿Y de qué clase?

—Como todas, ¡donde encontraré gentes conocidas!

—Y muchachas solteras—añadió su madre.

—Algúnas se ven confundidas entre la multitud.

—Con tal de que se halle una sola, en el baile donde quieres ir, sería bastante para tí.

—¡Ah!—exclamó Octavio,—has adivinado mi deseo, tienes muy buena memoria; ¿de modo que me das permiso?

—A la fuerza.

—Y qué ¿dejas que se pierda el palco?

—Qué quieres; ¡no hay otro remedio!

—Puedo llevarte al teatro y estar contigo hasta las diez.

—¿Y quién me acompañará después á casa?

—Convida á cualquier amiga.

—¿A cual?

—A la señora de Chesne, por ejemplo.

—Es viuda, y no tiene ningún caballero que pueda reemplazarte.

—Una viuda joven, guapa y rica, observó Octavio, sabe siempre dónde encontrar el brazo que la hace falta.

—Vamos, confiesa que es una piedra que has lanzado contra la señora de Chesne.

—De ninguna manera; hablo de las viudas en general. Hace tiempo que tengo formada mi opinión sobre aquéllas que, pudiendo casarse otra vez, perseveran en la tarea de llorar á su marido.

—¿Y yo, no soy viuda?

—No; ¡tú no eres viuda, eres madre!—dijo Octavio abrazándola.

La noche pasó con arreglo al programa acordado. La señora de Chesne, avisada desde por la mañana, vino en compañía de un pariente inofensivo, como había dicho Octavio, á buscar á su madre al concluir la comida. El joven las acompañó al teatro, y no se separó de ellas durante la primera parte del espectáculo; pero cuando dieron las diez, se marchó á pesar de los esfuerzos de su madre y de la hermosa viuda, que hicieron proezas de amabilidad por retenerle á su lado.

—Pero, ¿á dónde va con tanta prisa, Octavio?—preguntó la señora de Chesne.

—¡Ay!—dijo suspirando la señora de Aubray,—creo correr en busca del placer, y va á encontrar acaso grandes contrariedades y muchos disgustos.

—¿Estará enamorado?

—Empiezo á temerlo, puesto que no hace caso de vos, sobre quien se dirigen los gemelos de todo el teatro; miradlo vos misma.

—Los gemelos de teatro—replicó la señora de Chesne,—seguramente me prestan encantos que yo no tengo; pierdo mucho cuando se me ve de cerca, preguntádselo á vuestro hijo.

Estas palabras fueron dichas en un tono tan extraño, que la señora de Aubray se preguntó si el despecho tan sólo las habría dictado.

Durante este tiempo, Octavio llegaba al baile, donde esperaba encontrar á Sextilia, y